

incertidumbres; y los ruegos de sus amigos, de aquellos cuya voz merecía ser más escuchada, no consiguieron hacerle salir de su acostumbrada flemma.

«Entre sus amigos de la hora crítica, figuraba siempre Malouet.» Regresó de Riom satisfecho por haber hecho triunfar sus cuadernos, pero convencido de lo que debía á su posición y condiciones personales, y á poco escribía una carta á uno de sus amigos para decirle «que estaba descontento de él, de sus conciudadanos y de los ministros que nos precipitan al abismo.»

Malouet, para evitar la caída, proponía que se allanase concediendo el voto nominal al Tercer estado que veía imposible negar, procurando apaciguar la nobleza y el clero prometiéndoles sostener todas las prerogativas de que disfrutaban, pero Malouet, creía y aconsejaba, que era el rey á quien de derecho competía el examen de las actas de elección de los diputados á todos, á cuyo efecto se le debían enviar para que declarase quienes eran los que habían sido bien ó mal elegidos, por cuanto decía, «¿no eran los diputados del rey? ¿no les había éste llamado?»

Necker, que, con razón, tuvo que reputar imposibles, uno y otro recurso de salvación, continuó impasible como antes, pero Malouet que se había propuesto hacerle perder su calma volvía una y otra vez á la carga, ora secundado por Cice, el arzobispo de Burdeos, ora por la Luzerne, obispo de Langres.

Quince días antes de la reunión de los *Estados generales*, Malouet tuvo una última conferencia con Necker acompañado de Montmorin y del obispo de Langres. La reseña de esta conferencia nos la ha dejado en sus *Memorias*, y no tiene duda el gran servicio que con ello prestó á la historia que naturalmente se había de hacer cargo del estado de ánimo de la corte y del gobierno.

El obispo de Langres sostuvo siempre á Malouet quien insistió sobre que se concediera desde luego el voto por cabeza, y Malouet apoyó al obispo cuando pedía que las dos órdenes privilegiadas se reunieran formando un solo cuerpo, es decir, cuando formuló la pretensión de que se organizase una Cámara alta y una Cámara baja. Y dice Malouet, «ese plan de monseñor al obispo de Langres no tuvo otro que lo aprobará fuera de mí; no sólo los exagerados de las tres órdenes, sino muchos hombres que no lo eran, lo rechazaron por igual, por un motivo ó por otro. Todos los diputados que tuve ocasión de ver antes de la apertura de los *Estados generales*, los más modera-

dos, los más ilustrados, los más hábiles, en fin, los aristócratas, lo mismo que aquellos que les eran opuestos, todos, con gran sorpresa mía, pensaban como Necker, que el rey no debía proponer plan alguno, ni adoptar medida imperativa alguna, que era á ellos á quienes tocaba pronunciarse constitucionalmente. Los partidarios de las tres órdenes añadían á eso que la constitución de las tres órdenes era sagrada, inviolable, que era necesario guardarse de tocarla, y que ni el rey ni los Estados tenían derecho para ello. Los oradores designados de las comunas, los ardientes clubistas sostenían que no era cuestión de concesiones al Tercer estado; que era él, á la nación, á sus representantes á quienes convenía decidir por sí mismos, y fijar los límites que no se debían franquear por nadie; que no había otra constitución que la que ellos hicieran. Entonces comprendí que es lo que se imponía á Necker y cuán graves eran los obstáculos que éste había dejado que nacieran y se multiplicaran á su alrededor. Era, pues, excusable á los ojos de los que le acusaban, pues hubiera sido para ellos mucho más odioso si hubiese aceptado mis principios, pero á mis ojos no lo era.» «Pero no con esto, entiendo disimular la debilidad de Luís XVI; pero este príncipe tenía un espíritu justo, que le hubiese llevado á adoptar la combinación más prudente que se le hubiese presentado, si, en vez de mostrarle las dificultades, los peligros de un continente firme, se le hubiera hecho sentir su necesidad. ¿Cómo pudieron sus ministros reducirle desde últimos de 1788 á una verdadera suspensión de sus funciones reales, por la indecisión con que le dejaban abordar los *Estados generales*?» En cuanto á mí,—dice Chérest,—estoy convencido de que la causa principal de los embarazos de Necker y de sus indecisiones no era otra que el conocimiento exacto que tenía de las disposiciones del rey, y la certitud de encontrar en él una resistencia invencible, caso de que se arriesgara á proponerle un plan francamente liberal. El desgraciado Luís XVI era un compuesto extraño de debilidad y de terquedad. En vano se dice y se repite que se resignó á sacrificios mucho más penosos. Si, bajo la presión de una necesidad perentoria, cuando la fuerza de las cosas no le dejaban libertad alguna de lección. Pero en ese mismo momento, la corte se jactaba de verse muy pronto desembarazada de los *Estados generales*, sin tener que hacer concesión alguna seria, ó por lo menos, las menos onerosas posibles, y el rey nunca fué refractario á las ideas de la corte. Para saber lo que él pensaba á la sazón, no tenemos más que echar una ojeada á lo que pasaba á su alrededor.

«Notemos ante todo, que los contemporáneos más prudentes y más moderados en sus apreciaciones, no vacilan en echar sobre la corte, sobre el gobierno culto, la mayor parte de las faltas que nosotros nos sentimos inclinados á imputar al gobierno oficial, es decir, á Necker. El conde Miot de Mellito en sus *Memorias*, á propósito de la convocación de los *Estados generales*, se expresa de esta suerte: «A esta resolución no habían presidido ni la buena fe ni la sinceridad. Lejos de buscar el medio de allanar las dificultades, que la disposición de los espíritus y la doble representación concedida al Tercer estado habían hecho nacer sobre el modo de deliberación, había como una complacencia en aumentarlas, por el afectado silencio que se guardaba sobre punto tan interesante. Toda la esperanza de los cortesanos estaba en que tales dificultades se harían insolubles hasta tal punto, que la reunión de los Estados se haría imposible, y en este sentido se dirigieron todas las intrigas.»

Droz, no es un contemporáneo pero cuenta como á tal por el valor de sus relaciones é informes. Droz escribió lo siguiente: «Mientras que el ministerio permanecía inactivo los partidos se agitaban. Los cortesanos no podían hacerse á la idea de que el poder, los favores y los gustos iban á tener límites: con el mismo rasero medían á los hombres que pedían prudentes reformas que á los más fogosos revolucionarios; corregir los abusos era destruir la monarquía. Después de haber intentado el aplazamiento indefinido de la reunión de los *Estados generales*, se ocuparon de los medios de librarse de ellos. A su cabeza estaban los Polignac, cuya sociedad particular formaba un comité, que se jactaba de que iba á dirigir muy pronto los negocios públicos. La reina que, en la época en que el Consejo acordó la doble representación, había casi reñido con su favorita, le dispensaba ahora su mayor confianza. El joven conde de Artois, lleno de ideas caballerescas, no veía papel más seductor, ni más hermoso, que el de jefe de la nobleza francesa. El príncipe de Condé le prometía el apoyo de su nombradía militar. Se contaba con el mariscal de Broglie que mandaba en Metz y que se podía presentar en Versalles en el momento decisivo. El guarda sellos anunciaba que los Parlamentos prestarían su concurso á los fieles amigos de la monarquía. El comité recorría orgulloso los nombres inscritos en su lista; pero el hombre á quien juzgaba dotado de la más rara capacidad, el futuro ministro que debía salvar la Francia, era el barón de Breteuil, que tan nulo hemos visto, y tan poco dispuesto hemos encontrado para la gobernación

del Estado. Reservado para los más grandes destinos, Breteuil se mantenía alejado en una de sus posesiones con cierto aire de misterio, pero no sin mantener una correspondencia activa, para apresurar el regreso del orden y la salvación del reino.»

Nótese bien esta conspiración del gobierno; fijese en ella mucho la atención, porque presumida por unos, descubierta por otros, por el mismo Necker, ha de dar la explicación de la rapidez con que se desarrolla el movimiento revolucionario. Cuando la nación acude á Versalles llena de entusiasmo, y el entusiasmo es siempre exagerado, para tratar con su rey de la manera más conveniente de restaurar el prestigio y la fuerza de la monarquía francesa, el rey, la corte, se entregan á las dulces esperanzas de una conspiración destinada á desembarazarles cuanto antes de la enojosa presencia de los diputados de los *Estados generales*. ¿Y qué sucedió? Que como rara vez los conspiradores conocen el estado real de la opinión, y de aquí que casi todas las conspiraciones fracasen y sólo tengan éxito las que podríamos llamar conspiraciones públicas, la corte, al entregarse á los odiosos manejos de una conspiración á espaldas del gobierno ó de su jefe responsable, se creyó, por la dicha causa, tan segura del triunfo, que se entregó imprudentemente á las más significativas demostraciones.

Muchos son los testimonios que podríamos citar en apoyo de la ligereza de la corte en general, y en particular de los reyes, pero nos limitaremos á lo más preciso, y todo tomado de fuentes indiscutibles.

Acercábase el momento de la apertura de los *Estados generales*, y los diputados iban reuniendo en Versalles, aumentando, naturalmente, su número todos los días. Cuantos llegaban, así los más sumisos é inofensivos como los más radicales, llegaban con la ilusión de ser agasajados por la corte, los unos por su obediencia, los otros por la cuenta que le traía el atraérselos; pero, lejos de esto, veíanse los primeros olvidados y los segundos hostigados como verdaderos enemigos. La presunción de la victoria había hecho insolente á la corte, que ideó el siguiente medio, que nos ha conservado Rabaut-Saint-Etienne, para agriar en masa al Tercer estado. Cuando los diputados privilegiados se presentaban en palacio á ofrecer sus respetos al rey, éste les recibía en su gabinete y se les daba paso abriendo de par en par las puertas; cuando los que se presentaban eran los diputados del Tercer estado, el rey les recibía en su cuarto, y de las puertas sólo se

abría una hoja para darles paso. Con esto se creía humillarlos, y cuando las humillaciones vinieron de otras partes y se dijo que era necesario resignarse á la pena del Tali6n, se contestó que aquello lo habia exigido la etiqueta. Sea. Admitimos que aquello lo impusieran las costumbres palatinas. Pero tratándose no de hombres del Tercer estado, sino de diputados de la naci6n, la naci6n, representada por su jefe, debia dispensarles otro recibimiento. Pero, ¿a qué insistir? ¿Acaso no es notorio el espíritu siste-

mático con que se trató de agriar á los diputados del Tercer estado?

Un funcionario real, un palatino, el conde de Melito, nos lo dirá. «Los diputados que llegaban á Versalles, y particularmente los del Tercer estado, lejos de ser acogidos por la corte, fueron rechazados por los sarcasmos y pullas de los que formaban las tertulias de la reina y del conde de Artois. El lenguaje, las costumbres, los mismos nombres de los recién llegados, eran puestos en ridículo, y esos

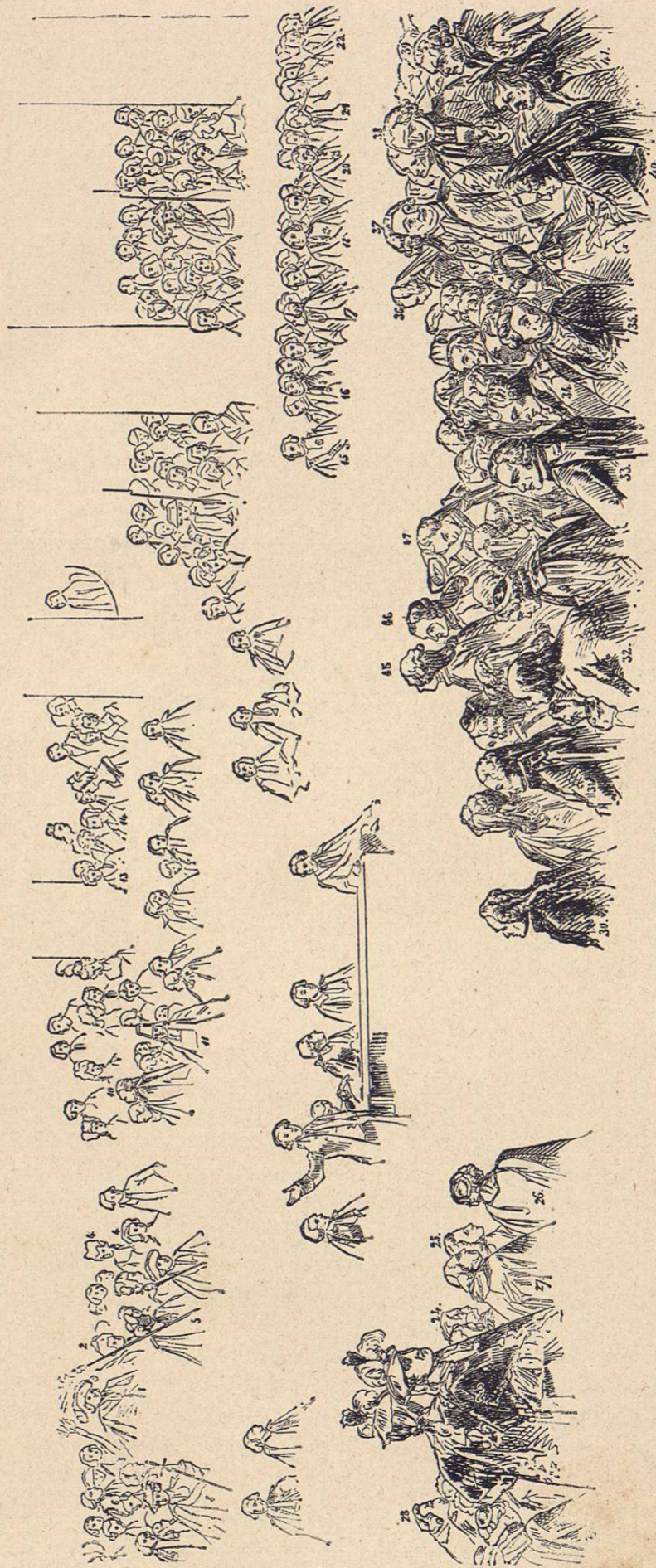


LACLOS

hombres, que muy pronto debían brillar por sus talentos superiores y dictar leyes á esta corte atolondrada, fueron desde el primer momento tratados como á provinciales por los ingeniosos espíritus de Versalles y París, que podían impunemente satirizarlos. Un ceremonial olvidado, una etiqueta, que la libertad que se habia introducido en las avenidas del trono habia hecho caer en desuso, se resucitaron, y establecieron entre las dos primeras órdenes y los diputados del Tercer estado una separaci6n tan franca como humillante. Pero cuanto más insultante fué el recibimiento hecho por la corte, tanto más afable y afectuoso fué el que le dispensaron los habitantes de la villa. Admitidos con marcada simpatía en las casas de los ciudadanos, en donde muchos habian tomado pupilaje, exhalaban allí con libertad sus quejas, encontrando quienes las sintieran como ellos. Así... á pesar de la dependencia en

que casi toda la poblaci6n vivía respecto de la corte, esta poblaci6n se pronunció enérgicamente en favor de las nuevas ideas, y se uni6 á ellas fuertemente hasta el punto de hacerse completamente hostil.....»

Para obrar de esta suerte era necesario estar seguros del golpe que se pretendía dar. Este golpe sólo podía darlo la fuerza pública, y ya hemos visto de qué manera era ésta trabajada. Sin embargo, si suponemos que en el tumulto de los últimos días de Abril, que estalló en París, no intervino la mano de la policia ú otra mano, la del duque de Orleans, como dicen sus enemigos, sino que fué obra de la naci6n, como la fuerza pública cumplió su deber y fusiló y ametralló á los incendiarios de la fábrica de papeles pintados de Reveillon, pudo hacerse la corte la ilusi6n de que el ejército estaria á sus órdenes, por lo mismo que supo mantenerse disciplinado en



INDICADOR DE LA APERTURA DE LOS ESTADOS GENERALES

- | | | | | | |
|--|---|--|--|--|--|
| <p>1. Luis XVI.
2. María Antonieta.
3. Madame Elisabeth.
4. Mesdames de Francia.
5. Conde de Provenza.
6. Conde de Artois.
7. Duque de Berry.
8. Duque de Choiseul.
8 a. Princesa de Lamballe.
9. Duque de Chartres (Luis Felipe).</p> | <p>10. Marqués de Brézé.
11. De Barenin.
12. Conde de Brienne.
13. Señora Necker.
14. Condessa de Provenza.
14 a. Vizconde de Beaunhar-
tais.
14 b. Vizconde de Beaunhar-
tais.
14 c. Vizconde de Ségur.
15. Marqués de Rochecho-
mart Mortemart.</p> | <p>16. Lafayette.
17. Duque de Aiguillon.
18. Duque de Orleans.
19. Lameth (Alejandro de).
20. Duque de Richelieu.
21. Principe de Broglie.
22. Duque de Liancourt.
22 a. Lameth (Carlos de).
22 b. Conde de Monjote.
22 c. Conde de Toulougeon.</p> | <p>23. De Béthisy de Mézières.
24. Albignec.
25. De Tavilleraud.
26. Abate de la Rochefoucauld.
27. Arzobispo de Turena.
28. Laboussiere.
29. Abate de Bonneval.</p> | <p>30. Benzet.
31. Baully.
32. P. Gerard.
33. Barnave.
34. Robespierre.
35. La Chapelier.
36. Roederer.
37. Mirabeau.
38. Sieyès.
39. Duport.
40. Rabaut de Saint Etienne.</p> | <p>DIPUTADOS DEL TERCER ESTADO</p> <p>41. Kaufmann.
42. Jourdain.
43. Camus.
44. Bourdon.
45. Turpin.
46. Bazin.
47. De Lasalle.
48. Vermer.
49. Prieur.
50. Lanjuinais.</p> |
|--|---|--|--|--|--|